

de la casa de la Inquisición, fué confiado á la division Morlot, la cual recibió órden de intentarlo mas bien á guisa de un entretenimiento, que como un ataque formal: el segundo al centro, por delante de Santa Engracia y del ante-puente del Huerva, fué encomendado á la division Musnier, la cual debia emprenderlo con el mayor vigor: el tercero, en fin, á la derecha, por delante del formidable convento de San José y á cargo de la division Grandjeau, estaba destinado á ser el mas sério de todos, por cuanto una vez tomado el convento, debia dirigirse al otro lado del Huerva contra el punto menos fuerte de la muralla y sobre un barrio, por el cual se esperaba llegar al *Coso*, vasta calle interior que atraviesa la ciudad entera, y la cual tiene bastante semejanza con el *boulevard* de París. Así que la trinchera estuvo erigida, procedióse cuanto antes á perfeccionar la primera paralela, y luego la segunda con el objeto de aproximarse por la derecha al puente de San José, y al ante-puente del Huerva por el centro.

El 31 de diciembre intentaron las tropas regulares de la guarnición una salida, la cual fué vivamente rechazada. Ciertamente que no era en campo raso donde los españoles debían recobrar su natural valentía. La segunda paralela se abrió el 2 de enero. Los días siguientes se emplearon en disponer en diferentes baterías treinta cañones, que habían llegado ya, á fin de arruinar el ante-puente del Huerva, así como también el convento de San José, y de rebatir á la batería enemiga colocada detrás de esta primera línea de defensa. Mientras se ejecutaban estos trabajos en los cuales se ocupaban mas de mil trabajadores por día

bajo la dirección de los soldados de ingenieros, los sitiados mandaban á nuestras trincheras un granizo de piedras y granadas, disparadas con los morteros. Nosotros contestábamos con el fuego de nuestras guerrillas, resguardadas con sacos de tierra, y las cuales disparaban con gran acierto sobre las cañoneras del enemigo.

El 40, hallábanse ya arregladas nuestras baterías, y empezaron á disparar las unas directamente y las otras de rebote, contra el ante-puente del Huerva y el convento de San José. Aun cuando la artillería española estaba bien servida, la superioridad de la nuestra logró bien pronto, sin embargo, apagar sus fuegos, y abrir hácia el punto de ataque de la derecha una ancha brecha en el convento de San José, y otra no tan ancha en el ante-puente del Huerva. Como esta no era todavía practicable, difirióse por algun tiempo su asalto: mas como en el convento de San José no militaba el mismo motivo, y como de la toma de él habia de resultar una gran celeridad para las aproximaciones, resolvióse no dilatarlo ni un instante por este punto. Habiendo continuado el fuego hasta el 44 de enero á las cuatro de la tarde, y hallándose á esta hora enteramente practicable la brecha, avanzóse con valentía para intentar el asalto del convento. En aquel mismo instante, el enemigo ejecutó una salida, que fué rechazada á paso de carga, y de la defensa pasaron inmediatamente nuestras tropas al ataque. Tan difícil empresa fué encomendada á los cazadores y granaderos de los regimientos 44.<sup>o</sup> y 44.<sup>o</sup> de línea, á los cuales se les agregaron dos batallones de los regimientos del Vistula. Mandábalos un oficial, jefe de batallón en el 44.<sup>o</sup>



llamado Sthal, cuya bizarría atrajo justamente hacia él la atención del ejército. El convento, que como hemos dicho, era de forma cuadrada, se apoyaba en el Huerva, y el enemigo había situado en él tres mil hombres.

A la hora mencionada, y mientras que el jefe de batallón Haxo con cuatro compañías de infantería y dos piezas de á cuatro, avanzaba descubierto por fuera de las trincheras y se dirigía á tomar por la parte posterior el convento de San José, enfilando sus fuegos á la fachada que da sobre elcauce del Huerva, lo cual llenó de espanto á los defensores y decidió á un considerable número á repasar el río, el jefe de batallón Sthal avanzó de frente hasta el borde del foso, para lanzarse en seguida sobre la brecha. Pero los escombros de la muralla no habían bastado para cegar el foso, que tenía 18 pies de profundidad y estaba cortado á pico, en atención á que las tierras secas y sólidas en España se sostienen sin necesidad de escarpas y de obras de albañilería. El intrépido Junot, que estaba presenciando la operación mencionada, había provisto de algunas escalas á sus granaderos, y sirviéndose unos de ellas, al paso que otros saltaban sin precaución de ningún género, corrieron en seguida á la brecha, guiados por el bizarro Sthal, y bajo una lluvia de fuego. Costáboles, empero gran trabajo trepar, y mientras que intentaban esfuerzo tan peligroso, un oficial de ingenieros, llamado Dagnet, recorrió á la cabeza de cuarenta cazadores el fondo del foso, giró á la izquierda á lo largo de la fachada lateral, distinguió un puente que conducía á lo interior de la fortificación, subió con sus cuarenta hombres, y avalanzándose sobre la guarni-

ción del convento, facilitó la entrada por la brecha al jefe Sthal, cuyos soldados dieron muerte á 300 españoles que habían quedado los últimos y cogieron unos 40 prisioneros.

Esta operación, en la cual se invirtiera á lo sumo una media hora, nos costó treinta muertos y ciento cincuenta heridos, casi todos de gravedad; prueba nada equívoca, en vista de la poca resistencia del enemigo, de lo enérgico del ataque.

Así que nuestras tropas se posesionaron del convento, procuraron alojarse en él sólidamente, al abrigo de los retornos ofensivos de los sitiados y de los nutridos fuegos de la plaza, la cual vomitaba mas abundantemente, á medida que nos aproximábamos, granadas, bombas y metralla. Cada día teníamos por lo regular cuarenta ó cincuenta hombres fuera de combate, y heridos de gravedad generalmente.

Habiendo reconocido el 16 la brecha del antepuente del Huerva, y halládola practicable, decidióse dar el asalto, á cuyo fin se lanzaron sobre las fortificaciones cuarenta cazadores polacos, conducidos por oficiales y soldados del cuerpo de ingenieros, los cuales treparon rápidamente, unos con escalas, y otros asiéndose con las manos. Mientras verificaban esta operación, el enemigo hizo volar con terrible estruendo una mina que tenía preparada, la cual no hirió dichosamente á ninguno de nuestros soldados, que quedaron fuera del alcance de aquel volcan. Logrando, en seguida, introducirse estos en el antepuente, desalojaron de él á los defensores, los cuales repasaron el río, haciendo saltar el puente que facilitaba el paso.

Una vez tomados el convento de San José y el



ante-puente del Huerva, situados en la derecha el primero, y en el centro el segundo, nuestras tropas quedaban dueñas de la línea de las fortificaciones exteriores, en una mitad de su estension al menos. Esta parte, sin embargo, era la de mas importancia, por cuanto las operaciones de la izquierda no tenían otro valor que el de una demostracion. Lo que á la sazón convenia é iba á intentarse, era franquear el Huerva por los dos puntos que habian llegado á tocar nuestras tropas, echar puentes cubiertos de espaldones sobre aquel rio angosto; pero de profundo cauce, batir en brecha los trozos de muralla que se estendian mas allá, apoyándose en el convento de Santa Engracia por un lado y en el de los Agustinos por otro, y erigir por último nuevas baterías para oponerlas á las de la ciudad, cuyos fuegos eran cada vez mas nutridos y mortíferos, á medida que iban aproximándose nuestras tropas. En esto fué en lo que se empleó el intervalo del 16 al 21 de enero.

Durante este tiempo agraváronse extraordinariamente los padecimientos de sitiadores y sitiados. De resultas de la masa considerable de habitantes que se habian refugiado en la ciudad, y de la acumulacion de los heridos y los enfermos, habia nacido una horrorosa peste. La granizada de proyectiles que se mandaban todos los dias sobre la plaza, aumentaba el número de las víctimas del sitio, aun entre aquellos que no tomaban parte en la defensa. Pero un populacho furioso, fanatizado por los frailes, comprimia á los habitantes pacíficos, á cuyo modo de ver, aquella resistencia sin esperanza no era mas que una bárbarie inútil. Las horecas erigidas en las principales calles, sofocaban

las murmuraciones. Por otra parte, inventábanse toda clase de noticias para mantener el valor delos sitiados. Decíase que Napoleón habia sido batido por los ingleses, el mariscal Soult por el marqués de la Romana, y el general Saint-Cyr por el general Vives. Prometiase además la llegada de un fuerte ejército de socorro, y en virtud de estas noticias, anunciadas á son de tambor por los pregoneros públicos, prorumpian los sitiados en vociferaciones salvages, cuyos ecos llegaban hasta nuestro campo.

Lo que llevamos ya referido acerca de los acontecimientos generales de aquella guerra, basta para poder apreciar la verdad de rumores semejantes esparcidos adrede por Palafox y los frailes, cuyas inspiraciones seguia el gefe de las tropas españolas. Aquellas relaciones, sin embargo, no eran completamente falsas, puesto que el marqués de Lazán y Francisco Palafox habian salido de Zaragoza con órdenes terribles para sublevar el país en todas direcciones, hasta Tudela por un lado, y hasta Calatayud, Daroca, Teruel, y Aleañiz, por otro. Intimóse á cuantos habia útiles para el servicio que tomasen las armas, y de cada diez uno debian avanzar al mando de oficiales escogidos á levantar el cerco. A cada pueblo se le impuso, además, la obligacion de pagar y sostener los hombres con que contribuyese; los que no formaran parte de la expedicion, debian ocuparse en destruir nuestros convoyes, matar á nuestros enfermos, y en introducir el hambre en nuestro campo. Para hacer mas eficaces todas estas órdenes, conminóse con castigar de la manera mas terrible á los que se negaran á ejecutarlas.



Preciso es confesar, sin embargo, que los aragoneses emplearon un celo, que hacia inútiles estas conminaciones. Veinte ó treinta mil hombres empezaron á removerse, unos por el lado de Alcañiz, sobre la margen derecha del Ebro, y otros sobre la izquierda, por el lado de Zuera, la Perdiguera, y Liciñena. A pesar de los esfuerzos de nuestra caballeria, no era posible suministrar carne á los sitiadores, mediante á que los carneros encaminados al campo francés caian en poder de los insurgentes. Careciendo, como carecian nuestros soldados de artículos para hacer el rancho, y hallándose reducidos frecuentemente á una racion incompleta de pan, soportaban las privaciones mas crueles sin proferir una queja, y entreveian, sin desalentarse, la prolongacion de aquel atroz cerco por espacio de uno ó dos meses mas. Con todo, mostrábase triste de vez en cuando, en pensar en su escaso número, y en que todas las dificultades del sitio gravitaban sobre catorce mil de entre ellos, mientras los ocho mil infantes de Gazan se limitaban á bloquear el arrabal de la orilla izquierda, y los nueve mil de Suchet vivian con el mayor descanso en Calatayud. Mas de mil doscientos habian sucumbido ya á causa de las fatigas ó de las balas. Asi que eran heridos ó caian enfermos trasladábaseles al hospital de Alagon, donde no habia medicamentos, ni viveres, ni cosa con cosa. El general Harrispe, á quien se le mandó que inspeccionara este hospital, mostróse humano como un héroe, castigando con rigor á los administradores que tenían la culpa de tanta negligencia, reorganizó el establecimiento, y consiguió al menos, que nuestros

soldados no estuviesen peor en el hospital que en la trinchera. El dia 21 llegó al fin el mariscal Lannes, cuya carrera heroica se aproximaba á su término, mediante á que la terrible jornada de Essling ocurrió algunos meses despues del de enero de 1809, y su presencia era el medio mas propio para mantener el aliento de los soldados y de volverles la confianza, si es que la habian perdido. La bravura del general Junot entusiasmábales, si se quiere; mas ante todo, era preciso un gefe, que, tomando sobre sí la responsabilidad de hacer modificaciones en las órdenes del emperador, obligase á todas las tropas francesas á contribuir al mejor éxito del sitio. Y esta fué, en efecto, la primera ventaja que produjo la llegada del mariscal Lannes.

Merced á las facultades superiores con que se hallaba investido, comenzó por obligar al quinto cuerpo de ejército á que contribuyese á la toma de la plaza, y á la represion de las fuerzas enemigas, que estorbaban la llegada de viveres á nuestro campo. Al general Gazan que se hallaba situado con su division frente al arrabal de la orilla izquierda, le mandó que emprendiese en toda regla el ataque de este punto, con lo cual, y una vez logrado que cayese en nuestro poder, los habitantes tendrian que meterse en lo interior de la ciudad y aumentar en ella la aglomeracion, al paso que nosotros obtendriamos la ventaja de mandar proyectiles sobre Zaragoza desde la orilla izquierda del Ebro. Para dirigir esta operacion, mandóle al coronel Dode, excelente oficial del cuerpo de ingenieros.

El mariscal Lannes prescribió en seguida al



mariscal Mortier, que abandonando la posición de Calatayud, donde no prestaba servicio alguno, en atención á que ningun enemigo podia venir por el lado de Valencia, pasase sobre la orilla izquierda del Ebro para dispersar la reunion de insurgentes que tanto nos inquietaban.

En cumplimiento de estas órdenes, el mariscal Mortier atravesó el Ebro el 23, y dejando el 4.º de línea para que apoyase á la division Morlot, la cual era la menos numerosa del cuerpo de ejército destinado al sitio, avanzó sobre el camino de la Perdiguera con los regimientos 34.º, 64.º y 88.º de línea, el 40.º de húsares, el 21.º de cazadores, y diez piezas de artillería. Al llegar á Liciñena, encontró en posición sobre la pendiente de las montañas á la mayor parte de un cuerpo de ejército de quince mil hombres procedente del Norte de Aragón, y el cual marchaba en auxilio de la capital sitiada. Esta masa se componia de tropas de línea y de paisanos. Figuraban en ella compañías de los regimientos Saboya, Prado, y Avila, los batallones de Jaca, los cazadores de Palafox, y otras tropas de formación antigua y moderna. El mariscal Mortier mandó contra los españoles el 64.º de línea, cuyos soldados marchaban de frente sobre el enemigo, mientras que el 34.º y el 88.º de línea, que habian hecho un rodeo á fin de cercarlo, lograron darle alcance é impelerlo de las montañas á la llanura. Los españoles no pudieron resistir á este doble ataque, y emprendiendo la fuga precipitadamente, fueron á dar con el 40.º de cazadores, el cual cargó á la masa de fugitivos, y los acuchilló sin piedad. Mil quinientos de ellos quedaron tendidos sobre el campo, y cayeron en nuestro po-

der seis piezas de artillería y dos banderas. El teniente coronel Gasquet, que con tres batallones de la division Gazan, se habia dirigido sobre el camino de Zuera, derrotó al propio tiempo otros tres mil españoles, logrando cogerles unos cuantos prisioneros y algunos cañones. Despues de rechazar para todo el tiempo que durara el sitio á los sublevados del Norte de Aragón, el mariscal Mortier siguió el curso del Ebro hasta Pina, con orden de limpiar el pais de insurgentes, de no vejar á los pueblos sometidos, de incendiar los que no lo estaban, y de encaminar provisiones bajo una escolta de caballería al campo del ejército sitiador.

Mientras que el mariscal Mortier despejaba de enemigos la orilla izquierda, el general Junot habia mandado al general Wathier, gefe de la caballería del tercer cuerpo, con mil doscientos infantes escogidos, y seiscientos caballos, para que dispersase una reunion de insurgentes, que se hallaban atrincherados en Alcañiz. El general Wathier los cargó en esta posición como hubiera podido hacerlo en la llanura, y entrando confundido con las avanzadas en la ciudad, forzó las trincheras, y pasó á cuchillo á mas de seiscientos de aquellos desgraciados. Los demas fueron perseguidos por nuestros ginetes, y se salvaron en sus casas. La ciudad fué entregada á saco, y los rebaños que se encontraron en las cercanías, dirigidos sobre Zaragoza.

Merced á estas diversas expediciones, el ejército sitiador ya no tenia nada que temer por su retaguardia. Esto no obstante, solo habian llegado los carneros enviados con escolta, y la carne por ende, escaseaba mucho en nuestro campo.

Mientras que el mariscal Lannes hacia ejecu-



tar todas estas operaciones en las cercanías de Zaragoza, los trabajos del sitio habian caminado con la mayor rapidez á impulsos del general Lacoste y de sus lugartenientes Rogniat y Haxo, y ya se podía por consiguiente proceder al asalto general, despues del cual debian hallarse en la ciudad nuestras tropas, y en disposicion de empezar la guerra de las casas.

Para el ataque de la derecha, se habian echado dos puentes de caballetes cubiertos de espaldones sobre el Huerva, conquistado por el asalto del 11 de enero. Despues de atravesar el Huerva por este punto, nuestras tropas se dirigieron hácia un molino de aceite, edificio aislado, que se hallaba contiguo al muro de la ciudad. Hácia la izquierda se habia erigido una trinchera contra otro punto de aquel trozo de muralla. En el instante mismo en que la artilleria hubiese abierto dos brechas practicables, debia darse el asalto por ambos lados.

Para el ataque del centro, habíase renunciado á hacer uso de la cabeza del puente del Huerva, tomada á los sitiados, á causa de los fuegos que la flanqueaban. Parte de nuestros soldados habian pasado el Huerva por frente del convento de Santa Engracia, y junto al ángulo saliente que por aquel sitio formaba la ciudad. Una batería de brecha dirigida sobre el convento, debia hacer accesibles las murallas á una columna de asalto. Asi que nuestro ejército dominase estas diversas brechas, debiamos tener tres puntos para penetrar en la ciudad, y todos tres conducian á anchas calles, que caen perpendicularmente sobre el *Coso*.

El 26 de enero cincuenta piezas de artillería de grueso calibre tronaron á la vez contra Zaragoza,

za, las unas para abrir las brechas de la derecha y del centro, y las otras para abrumar la ciudad con balas, granadas y bombas. Zaragoza soportó valientemente aquella lluvia de fuego, que duró todo el día 26 y la mitad del 27, y cuando al cabo de este tiempo se consideró que las brechas estaban practicables, resolvióse empezar inmediatamente el asalto general.

Todo el tercer cuerpo de ejército con Junot y Lannes á la cabeza se hallaba sobre las armas. La division Grandjeau, compuesta en su mayor parte de los regimientos 14.<sup>o</sup> y 44.<sup>o</sup> de línea, estaba en las fortificaciones, aguardando la señal. En el centro aguardabala asimismo con impaciencia la division Musnier, cuya principal fuerza se componia de tropas polacas. Hallabase apoyada esta por la division Morlot, la cual se habia formado en masa sobre su derecha para secundar el asalto del centro. El 40.<sup>o</sup> de línea y el 13.<sup>o</sup> de coraceros ocupaban en la izquierda el sitio que habia abandonado la division Morlot, y su cometido era contener las salidas que pudiesen hacer los sitiados por la casa de la Inquisicion, sobre cuyo punto solo se habia dirigido hasta entonces un falso ataque.

El mariscal Lannes dió á cosa del medio día la señal tan vivamente deseada, y las columnas de asalto salieron al punto de las fortificaciones. Un destacamento de cazadores de los regimientos 14.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup>, á la cabeza del cual marchaban otro de zapadores, y el gefe de batallon Sthal, desembocó por el molino de aceite, y se lanzó sobre la brecha mas cercana. Previendo el enemigo que nuestros soldados saldrian de este edificio para subir al asalto, habia practicado una mina



bajo el espacio que tenían que recorrer, y haciéndola estallar cuando vió realizadas sus previsiones, sonaron dos explosiones terribles detrás de nuestra primera columna de asalto, sin que pareciera dichosamente ni un solo hombre. La columna se precipitó al punto sobre la brecha, y logró apoderarse de ella; mas al querer pasar adelante, tuvo que detenerse á causa del fuego vivísimo de artillería y de metralla que paría, así de las casas, como de algunas baterías construídas á la entrada de las calles. Aquel fuego era tan intenso, que no pudiendo resistirlo la columna, se vió obligada despues de haber quedado muchos hombres fuera de combate, entre ellos el bizarro Sthal, que fué herido gravemente, á alojarse sobre la brecha y á establecer una comunicacion con el molino de aceite que habia servido de punto de partida. Este trabajo fué de mucha mas fácil ejecucion á causa de lo removida que habia dejado la tierra la mina del enemigo.

En la segunda brecha, abierta á muy corta distancia pero un poco á la izquierda, lanzáronse al asalto treinta y seis granaderos del 44.º, conducidos por un valiente oficial llamado Guetteman, y atravesando la brecha á pesar del diluvio de balas que caían sobre ellos, alojáronse en las casas inmediatas al muro. Mas así que algunos intentaban asomarse á una ventana ó á una puerta, un fuego espantoso de fusilería dirigido desde mil partes á un tiempo, dejaba tendidos á los que habian querido hacer semejante temeridad. Esto no obstante, nuestros granaderos se apoderaron de algunas casas contiguas, pasando de una á otra por agujeros interiores, y de este modo logramos llegar á la

calle de Quemada, que es una de las principales, y la cual se estiende desde la muralla al *Coso*. La metralla de las trincheras impidió, sin embargo, que se avanzase mas, y fué preciso alojarse en una docena de casas, que serian las conquistadas.

No fué menos viva la accion en el centro. Los cazadores del Vístula, dirigidos por un destacamento de oficiales y soldados de ingenieros, lanzáronse á su vez sobre la brecha practicada en el convento de Santa Engracia, y aun cuando tenían que recorrer al descubierto para llegar hasta ella un espacio de ciento veinte toesas, atravesáronlo bajo un fuego vivísimo, y escalaron la brecha sin otra dificultad que la del fuego de fusilería de los insurgentes, porque es de advertir, que el extraordinario valor de los españoles detrás de las murallas, no llegaba, sin embargo, hasta el punto de detenerse á recibirlos con las puntas de las bayonetas. Los valientes polacos mezclados con algunos de nuestros zapadores, entraron en el convento, desalojaron de él á los que le ocupaban, desembocaron en seguida sobre la plaza de Santa Engracia, y penetrando en las casas que la rodean, llegaron hasta otro convento inmediato, del cual se apoderaron igualmente. Una vez dueños de la plaza de Santa Engracia, éranlo tambien de la gran calle de este nombre, la cual descende perpendicularmente, lo mismo que la de Quemada, sobre el *Coso*. Mas viéronse precisados á no pasar de allí, porque sin la zapa y las minas, y sin arriesgarse á pérdidas enormes, era imposible verificarlo á causa de las muchas trincheras erizadas de cañones y vomitando metralla que tenia el enemigo en aquel punto.



Desde el convento de Santa Engracia se iba por un terreno descubierta hasta el ángulo saliente, que formaba la muralla de la ciudad. Nuestros soldados atravesaron rápidamente este espacio, sin que por una fortuna inconcebible pereciera ni un solo hombre con la esplosion de las diversas minas que estallaron á su paso por aquel punto. Desde el ángulo y hácia la izquierda, habia una línea de murallas de canto seco, con foso y un terraplen, las cuales se estendian hasta el convento de Capuchinos y la casa de la Inquisicion. Aun cuando no entraba en nuestro plan de ataque el tomar aquella de línea fortificaciones, la cual no habia sido bateda en brecha, excitado el ardor de las divisiones Morlot y Musnier con un accidente imprevisto, precipitáronse sobre la línea mencionada con una temeridad inaudita. Efectivamente, los fuegos de una batería colocada en el convento de los Capuchinos incomodaban en extremo á la division Morlot, y unos cuantos soldados del 5.º de ligeros avanzaron á paso de carga con el objeto de libertarse de ella. Siguiólos el regimiento entero, y lograron apoderarse de la batería. Ante semejante espectáculo, el 115.º de línea, que era uno de los regimientos de nueva forma, no fué dueño de mantenerse detrás de las trincheras, y lanzándose á lo largo de la muralla principal que se estiende desde Santa Engracia al convento de Capuchinos, bajó al foso, escaló la escarpa por las troneras, y apoderándose de la artillería, osó internarse acto continuo en la ciudad. Un populacho furioso empezó entonces á acribillar con seguros tiros á nuestros soldados desde lo alto de las casas inmediatas. Los españoles que defendian las trincheras colocadas hácia esta

parte, mostrando mas valor que los de otros puntos, se lanzaron fuera de ellas, á fin de recobrar el convento de Capuchinos. Dirigianlos los frailes, y escitábanlos las mugeres. A pesar de todo rechazáronlos nuestros soldados á la bayoneta, y se mantuvieron dueños del convento, sufriendo, sin embargo, un horrible fuego de artillería dirigido sobre las murallas, de una porcion de partes á un tiempo. Para libertarse de él, trataron de cubrirse con algunos sacos de tierra; mas no pudiendo sostenerse mas al descubierta, viéronse obligados á volver á saltar al otro lado de la muralla, aunque no por eso la abandonaron, ni dejaron de establecerse en ella.

En aquella sangrienta jornada nuestro ejército se apoderó de toda la circunferencia de los muros. Si aquel sitio, por consiguiente, hubiera sido un sitio ordinario, en el cual estribara lo mas importante en tomar la parte fortificada de la plaza, Zaragoza se habria hallado ya en nuestro poder. Pero era preciso apoderarse de las manzanas de casas, conquistándolas una á una contra un populacho frenético, y los grandes horrores de la lucha, por tanto, empezaban desde aquel instante. Los españoles habian perdido quinientos ó seiscientos hombres, que habian sido pasados á cuchillo, unos doscientos prisioneros, y toda la línea de las murallas exteriores. Los franceses habian tenido ciento ochenta y seis muertos, y quinientos noventa y tres heridos, (1) ó sea ochocientos hombres fuera de combate; pérdida de consideracion,

(1) En esta ocasion ponemos números precisos, porque así constan de los estados existentes en el archivo de guerra.



que fué debida en gran parte al ardor excesivo de nuestras tropas, y a su heroica temeridad.

Conmovido el mismo mariscal Lanne, á vista de tan sangriento espectáculo ordenó á los oficiales de ingenieros, que no tolerasen el que los soldados volviesen á avanzar al descubierto, porque era preferible la pérdida de tiempo á la pérdida de hombres. Prescribióles además que se hiciese uso de la zapa y de la mina, y que, para economizar la sangre del ejército, se volasen los edificios. Aquel grande hombre de guerra, cuyos sentimientos humanitarios competían con su bravura, lejos de mostrarse insensible á lo que sus ojos presenciaban, sintió por el contrario una impresion profunda (1).

(1) Sus despachos al emperador, atestiguan mejor que nada el sentimiento que experimentó en aquella época. En ellos se leen las palabras siguientes: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mugeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto. Sino tomásemos las mayores precauciones, nuestra pérdida seria inmensa, puesto que la ciudad cuenta con treinta ó cuarenta mil hombres, sin contar los habitantes. Nuestras tropas ocupan el terreno que media desde Santa Engracia á Capuchinos, donde hemos cogido quince cañones.

«A pesar de mis reiteradas órdenes para que los soldados no avanzasen mucho, no ha sido posible contener su ardor, lo cual ha hecho que hayamos tenido doscientos heridos mas de los regulares. Cuartel general delante de Zaragoza, 23 de enero de 1809.»

«...El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto, ó de la mina. Estos

La ocupacion de tres puntos sobre la muralla ahorra á nuestras tropas el trabajo de dar un nuevo ataque hacia el edificio de la Inquisicion, puesto que debiendo procederse ya á desalojar á los españoles de las casas, era asaz poco importante un punto en el cual no estribaba ya la fuerza de su defensa. Dejose, pues, á la division Morlot de observacion sobre la izquierda, y con las divisiones Musnier y Grandjeau de la fuerza de unos nueve mil hombres, se procedió por medio de la zapa y de la mina á la conquista de cada casa, mientras que el general Gazan activaba sus trabajos sobre el arrabal de la orilla izquierda, á fin de quitar este último asilo á la poblacion. Al efecto, enviábase, parte de la artilleria de sitio, la cual no hacia ya falta desde que se habia franqueado la muralla, abriendo brecha, y mucho menos desde que habia que combatir de calle á calle.

Las dos divisiones Musnier y Grandjeau divi-

desgraciados se defienden con un encarnizamiento, del cual no es fácil formarse una idea. *En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza.* La ciudad arde en este momento por cuatro puntos distintos, y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo. Asi que caiga en nuestro poder, espero que la ciudad no resistirá largo tiempo.

«...Unos cuantos miles de paisanos han querido atacar ayer á los cuatrocientos hombres, que habian quedado en Amurria. El general Dumontier ha partido contra ellos de órden mia con mil hombres, doscientos caballos y cuatro piezas. Estoy seguro que habrá destruido ó dispersado á toda esta canalla, tan valiente dentro de los muros como miserable en la llanura.»



diéronse en dos mitades de cuatro mil quinientos hombres cada una, y se relevaban una á otra en aquella lucha atroz, la cual exigia que se trabajase alternativamente en la zapa, ó combatir cuerpo á cuerpo en muy angostos espacios. Jamás se vió cosa semejante ni aun en la época en que la guerra se hallaba casi enteramente reducida á los cercos. Los españoles habian atrincherado las puertas y las ventanas de las casas, hecho en ellas cortaduras para comunicarse interiormente, y aspillerado las paredes de modo que pudiera hacerse fuego sobre las calles, que, á mayor abundamiento, estaban obstruidas de distancia en distancia por trincheras erizadas de cañones. Así es, que en el instante mismo en que nuestros soldados se presentaban, eran recibidos por un granizo de balas dirigidas contra ellos desde los pisos superiores y los tragaluces de los sótanos, al propio tiempo que por la metralla de las trincheras. A veces, y con el fin de obligar á los españoles á dispendiar sus fuegos, entreteníanse en presentar desde una ventana un shakó colocado sobre la punta de una bayoneta, el cual quedaba al punto acribillado por las balas (1). No habia, pues, otro recurso que caminar como ellos de casa en casa, avanzar á cubierto contra un enemigo que lo estaba también, y proceder con lentitud, á fin de no perder todo el ejército en un combate de especie tan horrible. De aquí no podia menos de resultar una larga y encarnizada lucha.

(1) Este hecho lo he oido de boca del ilustre y eternamente inolvidable mariscal Bugeaud capitán de granaderos en el sitio de Zaragoza, y el cual me referia aun pormenores, pocos dias antes de su muerte.

Exasperados los españoles hasta el mas alto grado con la agravacion del peligro, y mostrándose verdaderamente frenéticos, ya no se contentaban con mantenerse á la defensiva, y aspiraban á recobrar lo que habian perdido. En el centro pretendian reconquistar el convento de Capuchinos para atacar la posicion de Santa Engracia. Por el lado de la derecha, habian permanecido dueños de los conventos de Santa Mónica y los Agustinos, contiguos á las dos brechas que nosotros habiamos ocupado, y desde allí hacian esfuerzos increíbles para desalojarnos de ellas. Los frailes, mas activos que nunca, y secundados por unas cuantas mugeres entusiastas, de esas á quienes su natural irritable las impele cuando se entregan á la violencia á que sean mas feroces que los hombres mismos, conducian al fuego bandadas compuestas de los insurgentes mas fanáticos, y de la gente mas resuelta de la tropa delinea. Así es que despues de intentar en el ataque del centro abrir brecha con su artillería en el convento de Capuchinos, que habia caido en nuestro poder, llevaron su arrojó hasta el punto de lanzarse al asalto á descubierto. Nuestros veldados solvieron á rechazarlos á la bayoneta, y esta vez les quitaron de tal modo toda esperanza de triunfo, que perdieron la afición á tentativas semejantes.

La conquista comenzada hácia Santa Engracia prosiguió inmediatamente. Desde este convento partia una calle bastante espaciosa que llevaba su mismo nombre, y la cual conducia directamente al *Coso*. En ambos lados de ella habia enormes edificios: á la derecha (de los franceses) veíanse el convento de las Hijas de Jerusalem y el hospital de locos; á la